



MEMORIAS EN CONSTRUCCIÓN: LOS RETOS DEL PASADO PRESENTE EN CHILE, 1989-2011*

STEVE J. STERN

(University of Wisconsin-Madison-USA); sjstern@wisc.edu

RESUMEN

Los debates asociados a la memoria y su significado para la sociedad y la democracia se han ido transformando con el paso del tiempo. Si la memoria prohibida era el problema en las instancias iniciales de la transición democrática chilena, en la actualidad nos preocupa: ¿a dónde va la memoria? Entendiendo que la memoria es un proyecto social en construcción, se plantean aquí algunas reflexiones preliminares sobre tres aspectos de este fenómeno: la conceptualización misma de la memoria, para precisar y profundizar porque las memorias siempre están “en construcción”; una periodización de los retos estratégicos de la memoria en democracia, para aclarar la particularidad de la etapa de hoy; y finalmente, la potencialidad de renovar, en perspectiva inter-generacional, la capacidad convocatoria de la memoria desde el arte audiovisual y desde las experiencias relativamente silenciadas.

Palabras clave: Memoria(s) – olvido – Derechos Humanos – Pasado presente – Chile

ABSTRACT

Memories in construction: Challenges of present past in Chile, 1989-2011

Discussions related the memory and its meaning for society and democracy have been changing over time. During the Chilean democratic transition the problem was the prohibited memory, but now we are concerned about where does memory go? Understanding that the memory is a social project under construction, this work considers analyzing some preliminary thoughts on three aspects of this phenomenon: the conception of memory; a periodization of the strategic challenges of memory in democracy; and finally, the potential of renewing in an inter-generational perspective, the convened capacity of the memory from the visual arts and the experiences relatively muted.

* Este artículo tiene su origen en una conferencia que se dio en Santiago de Chile en el Museo de la Memoria y Derechos Humanos el 9 de septiembre de 2011. Estoy agradecido con Ricardo Brodsky y Carolina Aguilera, quienes con sus colegas en el Museo y la Corporación Villa Grimaldi organizaron la conferencia, además de las personas que ofrecieron comentarios. Más generalmente estoy agradecido con tantas personas y colegas en Chile, el Perú y otros países que me han ido enseñando sobre el tema de la memoria durante los muchos años de investigación y reflexión. Si tuviera algún mérito este ensayo, sería por ellos. Dedico este artículo a la memoria de Carlos Iván Degregori, un amigo siempre querido y presente.

Key words: *Memory (ies) – forgetfulness – Human Rights – Present Past – Chile*

Me parece muy bien el tema que me han dado para hablar hoy día: “memorias en construcción”. Después de muchos años de lucha en contra de la desinformación y la negación, para establecer la verdad de los hechos indiscutibles y fundamentales y así una cultura de derechos humanos, es una señal alentadora de que podemos hablar en estos términos. Quiere decir que hemos llegado a una nueva etapa, en que se puede hablar de la construcción de la memoria y sus verdades – históricas, sociales, psicológicas, artísticas– sin miedo de debilitar la veracidad de los hechos claves. Hace veinte años, en los inicios de la transición democrática, los actores sociales e intelectuales que abogaron por los derechos humanos habrían tenido más ambivalencia sobre el tema de que hablamos hoy. El problema de entonces fue la memoria prohibida. Hoy el problema es otro: ¿a dónde va la memoria?¹

En otras palabras, la memoria y su significado para la sociedad y la democracia es un proyecto en construcción. Hemos llegado, quizás, a otro tipo de transición.

No pretendo ser profeta. Como historiador de las luchas por la memoria en Chile y en otras sociedades, sin embargo, puedo ofrecer algunas perspectivas quizás útiles para la reflexión y el debate. Trataré de plantear algunas reflexiones preliminares sobre tres aspectos de las memorias en construcción: (a) la conceptualización misma de la memoria, para precisar y profundizar porque las memorias siempre están “en construcción”; (b) una periodización de los retos estratégicos de la memoria en democracia, para aclarar la particularidad de la etapa de hoy; y finalmente, (c) la potencialidad de renovar, en perspectiva inter-generacional, la capacidad convocatoria de la memoria desde el arte audiovisual y desde las experiencias relativamente silenciadas.²

¹ Vale recordar que al inicio de la transición democrática, un best-seller sobre la historia de la Vicaría de la Solidaridad usaba justamente la frase “memoria prohibida”. Ver Ahumada, Eugenio et al.; *Chile: La memoria prohibida: Las violaciones de los derechos humanos, 1973-1983*; Pehuén; Santiago; 1989 (3 tomos).

² Las reflexiones aquí planteadas se basan en los análisis y los datos empíricos que se presentan, con citas sistemáticas de las fuentes primarias y secundarias e incluyendo las publicaciones por los autores chilenos, en mi recién completada trilogía sobre las luchas en torno a la memoria en dictadura y democracia. Especialmente relevante para el tema de los retos del pasado presente en democracia es el tomo 3, *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006*; Duke University Press; Durham; N.C.; 2010, ver también el tomo 1, *Remembering Pinochet’s Chile: On the Eve of London 1998*; Duke



Conceptualizando “memorias en construcción”: algunos puntos de partida

Empecemos con tres puntos de partida, para precisar de qué hablamos al referirnos a “las memorias en construcción”. *Primero, el sentido.* La memoria no es el recuerdo de los hechos, sino el darles sentido. El significado del hecho, no sólo el hecho, importa. Por supuesto, hay actividades de recordar que son banales aunque necesarios para vivir –por ejemplo, recordar donde están las llaves de la casa al salir de ella–. (Claro que al perder las llaves, ¡no parece tan banal el asunto de recordar y encontrarlas!) Pero de lo que hablamos hoy es otra cosa. Se trata no del recuerdo sencillo y puntual, sino de la memoria que vale compartir porque ha sido toda una experiencia humana. Es la narración de aquel pasado que nos hizo respirar el sentido de la vida en sus múltiples dimensiones –no sólo los hechos, sino también las emociones y las consecuencias y las respuestas que produjeron; no sólo las palabras, sino también el lenguaje del cuerpo, las imágenes y los sonidos y los olores; no sólo las certezas, sino también las confusiones y los malentendidos y los conflictos en las relaciones sociales–. Todos estos aspectos pueden ser relevantes al producir una “experiencia” humana importante, y a partir de ella, los impulsos de descubrir o evitar su significado, de comunicarlo o silenciarlo u olvidarlo, y a veces, de tomar una acción en una comunidad o una red social.

Segundo, la lucha. Cuando hay una experiencia colectiva violenta traumática, en que las atrocidades son masivas y provocan un gran espanto y una sensibilidad de ruptura histórica, el darle sentido a la experiencia puede provocar, pronto o tarde, una lucha social. Se disputan los hechos y sus significados, en una sociedad de experiencias y memorias muy divididas. Esta potencialidad conflictiva es muy alta, además, cuando el estado haya sido el actor fundamental en crear y justificar un nuevo régimen violento. (Claro está, que en los casos donde había una guerra civil real y no un mito de guerra, y en que el estado es uno de dos actores fundamentales muy violentos, como en el caso de Perú y Sendero Luminoso en los 1980 y los 1990, también la experiencia puede provocar una lucha social fuerte en torno a la memoria). Por un lado, el estado y sus partidarios tendrán un interés en crear una historia oficial, planteando cuales eran los hechos importantes que ha vivido la sociedad y su significado. Así gana legitimidad y fomenta la indiferencia frente a la violencia estatal. Pero por otro lado, justamente

University Press; Durham, N.C.; 2004, también publicado en español, *Recordando el Chile de Pinochet: En vísperas de Londres 1998*; Ediciones Universidad Diego Portales; Santiago; 2009; y el tomo 2, *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet’s Chile, 1973-1988*; Duke University Press; Durham, N.C; 2006. En el texto de este ensayo sólo citaré fuentes y datos si no están ya presentados en los tomos de la trilogía, especialmente el tomo 3.



por ser una narrativa oficial y auto-interesada, va silenciando o negando hechos que son muy urgentes para los que han sufrido el terror de la violencia estatal, y para los que son testigos ciudadanos que ya no pueden aceptar moralmente o políticamente la indiferencia frente a ella. Si se abren espacios o redes sociales donde el control estatal encuentra sus límites, pueden surgir las memorias contestatarias –los testimonios, los documentos, las comunicaciones y hasta las manifestaciones u otros actos sociales que insisten en los hechos negados y su urgencia moral o política–.³

Esta lucha en torno a los hechos y su significado llegó a ser muy presente en Chile durante la dictadura militar. Las memorias de experiencias particulares o personales –que de otra manera hubieran quedado asfixiadas como experiencias sueltas, sin encontrar un eco social– llegaron a tener valor simbólico como memorias emblemáticas, es decir, como testimonios de una realidad social vivida por muchos. En otro contexto, he planteado que surgieron cuatro memorias emblemáticas durante el período militar, y que seguían teniendo influencia durante la transición democrática.⁴ Había una memoria oficial salvadora, que planteaba que la acción militar en 1973 paró la llegada de un desastre catastrófico, que iba a incluir una gran matanza y guerra civil (el famoso “Plan Z”), y a partir de esa acción salvadora, empezó a construir una sociedad exitosa. Por otro lado, afuera y dentro de Chile se daban esfuerzos de documentar e insistir en otras realidades negadas –la verdad de la ruptura cruel y violenta, vivida por familias cuyos parientes sufrían la ejecución o una detención misteriosa y negada que llegó a ser la desaparición; y la verdad de la persecución multi-facética generalizada que provocó el despertar y el no-aceptar. (Esa persecución generalizada incluía no sólo las ejecuciones y las desapariciones sino también otros abusos, entre ellos la detención arbitraria, la tortura, el exilio, la relegación, los allanamientos y la desinformación). La memoria como la ruptura cruel sin fin – metafóricamente la herida abierta– y la memoria como la dialéctica entre la persecución y el despertar,

³ Sobre la experiencia peruana de guerra incluyendo su dimensión de lucha en torno a la memoria, y para bibliografía adicional útil, ver Degregori, Carlos Iván; *Qué difícil es ser Dios: El Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú, 1980-1999*; Instituto de Estudios Peruanos; Lima; 2011. Degregori, Carlos Iván; (ed.) *Jamás tan cerca, arremetió lo lejos: Memoria y violencia política en el Perú*; Instituto de Estudios Peruanos; Lima; 2003. Stern, Steve J., ed.; *Los senderos insólitos del Perú: Guerra y sociedad, 1980-1995*; Instituto de Estudios Peruanos y Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga; Lima y Ayacucho; 1999.

⁴ Una versión temprana de este planteamiento está en: “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”, en Garcés, Mario et al., eds.; *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*; LOM; Santiago; 2000; pp. 11-33. La versión más pulida y elaborada, con su fundación empírica y teórica, se encuentra en la trilogía citada en nota 4 arriba, especialmente en el tomo 1.



son dos memorias disidentes que ganaban terreno en forma limitada en los 1970s, y en forma explosiva en los 1980s. Iban creando una nueva sensibilidad sobre los derechos humanos.

Pero antes de los 1980s, al agudizar los conflictos políticos y morales en torno a los derechos humanos y otros temas, surgió otra historia oficial: la memoria como la caja cerrada, es decir, un tipo de olvido consciente o voluntad de no mirar atrás. Coordinada con la promulgación de la amnistía de 1978, la idea era decir que la “guerra” de 1973 y los años inmediatamente posteriores había llegado a su fin. Ya la sociedad estaba en camino a la institucionalización y el progreso, y no ayudaba dividir a la sociedad mirando atrás al período de combate, rencores y “excesos”. Justamente por la lucha sobre los hechos violentos y sus significados, entonces, surgió el planteamiento de cerrar la caja del pasado –de promover el olvido consciente como la condición necesaria que permita a la sociedad superar y avanzar–.

Pero por la misma lucha, también surgió algo más, también hacia finales de los 1970s. Los que insistieron en la realidad negada iban construyendo no solamente el valor de los derechos humanos, sino la misma idea de la “memoria” como valor –y el otro lado de la misma moneda, la idea de la lucha contra el “olvido” de los hechos y de las personas–. Es decir, los actores sociales crearon un nuevo vocabulario culturalmente influyente, capaz de convocar a gente en torno a la “memoria” como un deber moralmente urgente. Esa sensibilización doble, sobre la memoria y sobre los derechos humanos, había ganado mucho terreno al llegar al plebiscito de 1988 y a la transición democrática de los 1990s. Creaba demandas para la verdad en contra de la negación y la desinformación, y para la justicia en contra de la impunidad y la ausencia de normatividad.

Tercero, la sinergia conflictiva. Este último punto de partida, para precisar en qué sentido hablamos de memorias “en construcción”, tiene que ver justamente con el período democrático. A partir de la transición, el tema de la memoria producía sinergias conflictivas interesantes, a veces productivas y creativas y a veces no, entre actores del estado y actores de la sociedad civil. Una vez que la sociedad y el estado iniciaron un proceso de “refundarse” moralmente y políticamente sobre una base democrática, surgió una cuestión clave: ¿Qué hacer con la experiencia de la violencia estatal masiva? Por un lado, el nuevo estado democrático no pudo legitimarse sin plantear un contraste moral, legal y político con la violencia estatal atroz en dictadura. Por otro lado, en una sociedad que ya había vivido bastante movilización en torno a los temas de memoria, verdad y justicia, la llegada del momento democrático significó que varios actores sociales tenían una expectativa: ¡Al fin, podemos y debemos



encontrar una respuesta del estado a nuestras demandas de verdad y justicia! Estructuralmente hablando, y tomando en cuenta la adversidad de la transición en una sociedad de memoria muy dividida y con gran continuidad de poder fáctico, era una receta para las sinergias conflictivas y ambivalentes en democracia. Por un lado, había la posibilidad de alianzas entre actores estatales y actores sociales para documentar la verdad y abrir caminos hacia la justicia. En esta tarea, cada actor necesitaba al otro actor para cumplir con un objetivo importante en común –por ejemplo, para producir un informe bien fundado por una comisión de verdad considerada legítima por la mayoría de la ciudadanía–. Por otro lado, había también discrepancias sobre la visión de la sociedad –y de la verdad– a la cual querían llegar a mediano plazo, y había distintas lógicas de acción desde el estado y desde la sociedad civil.

En otras palabras, la sinergia no significa una ausencia de conflictos y cambios. Las sinergias pasaron por altibajos, desde momentos de colaboración creativa, por ejemplo en la producción del Informe Rettig en 1990-1991, hasta momentos de colapso y tensión dura, donde la alienación entre los actores estatales y los actores sociales comprometidos con el tema de la memoria llegó a ser aguda. Ese colapso, por ejemplo, fue evidente en la inauguración del Parque Por la Paz Villa Grimaldi en 1997. También las sinergias conflictivas pasaron por cambios de enfoque y de composición específica. Por ejemplo, en las instancias del estado los actores más relevantes en la colaboración creativa y las iniciativas estuvieron en el Ejecutivo, en contraste con el poder judicial, a principios de los 1990. Diez años más tarde, los jueces tuvieron otro tipo de peso relativo y capacidad de iniciativa.⁵ En la sociedad civil, también había cambios de enfoque y acción. Por ejemplo, había una dinámica generacional importante que producía nuevos actores sociales que organizaron las funas, como otro tipo de acción de memoria, a partir de 1998. También se dió una expansión y nueva energía en las redes sociales de expresos políticos, que lograron plantear la memoria de la tortura como tema estratégico para la democracia en los 2000. En realidad, los momentos de sinergias conflictivas creativas y eficaces son transitorios –hay más bajos que altos– pero paradójicamente y desde la perspectiva comparada, los avances de memoria y justicia que se han dado en Argentina y Chile dan testimonio de la importancia de esas sinergias, aunque sean frágiles o fugaces. Donde no hay presión efectiva desde la sociedad civil, los actores estatales y políticos tienen poca motivación para trabajar el tema, o para ir más allá de una fórmula para cerrarlo. Pero a la vez, donde no hay un apoyo desde algunos actores del estado, el

⁵ Para un trabajo pionero sobre el cambio judicial, desde las motivaciones y consideraciones institucionales de los mismos jueces, ver Huneus, Alexandra; “Judging from a Guilty Conscience: The Chilean Judiciary’s Human Rights Turn” en *Law & Social Inquiry* 35:1 (Winter 2010); pp. 99-135.



desfase entre el activismo social y la indiferencia estatal también puede producir una gran frustración y la sensación de andar al olvido.

Estos puntos de partida significan que las memorias están “en construcción”. El sentido de los hechos –sus implicancias morales, culturales, políticas– es algo que se construye en comunidad. La lucha para plantear la narración de los hechos y su significado –qué pasó en realidad, y porqué importa– ocurre justamente porque una experiencia violenta traumática va acompañada por una historia oficial que incluye la desinformación y cumple una función de legitimación del poder. En estas circunstancias, la memoria disidente es algo que hay que construir contra la corriente. Es plantear la verdad y el simbolismo del hecho negado, de una manera capaz de convencer a los no convencidos o a los indiferentes. Las sinergias entre estado y sociedad, necesarias pero también conflictivas, que surgen a partir de una transición democrática también significan una construcción de la memoria.

Tomemos el ejemplo del tema polémico de los números de víctimas, las cifras construidas a través de la colaboración ciudadana con las comisiones de verdad. Hacia 1991, a partir del proceso Rettig, un chileno promedio quizás habría decidido que había unas dos mil víctimas de la dictadura. Cinco años más tarde, en 1996, a partir del trabajo de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, estaría hablando de unas tres mil víctimas. Ocho años más tarde, en 2004, habiendo absorbido los resultados del proceso Valech, la misma persona podría estar hablando de unos treinta mil. Siete años más tarde, en 2011, a partir del segundo proceso Valech, podría reconocer unos cuarenta mil. Y si fuera una persona de una población que sufría duros allanamientos en los 1980, y con memoria popular comunitaria muy presente, quizás hablaría de cientos de miles de víctimas no incluidas en las comisiones oficiales. Los altibajos de las sinergias entre estado y sociedad –desde los momentos creativos hasta los momentos de decepción– también producen memorias y hechos en construcción.⁶

Vale subrayar una aclaración. La realidad de que las memorias están en construcción *no* significa desvalorizar la verdad de los hechos como hechos, es decir, empíricamente fundados y probados. Al

⁶ Las cifras desde las comisiones estatales son bastante conocidas, pero para un trabajo interesante desde las poblaciones, ver Colectivo de Memoria Histórica Corporación José Domingo Cañas; *Tortura en poblaciones del Gran Santiago (1973-1990)*; Corporación José Domingo Cañas; Santiago; 2005, que consideró 359 allanamientos en 113 poblaciones. Al cotejar los datos sobre allanamientos muy brutales en 16 poblaciones con los datos en el censo de 1982 sobre varones que tenían por lo menos 15 años de edad, estimó las víctimas directas – sólo en esas 16 poblaciones – en 98.000 persons. Para matizaciones sobre la violencia de los allanamientos como tratos crueles degradantes prohibidos por el derecho internacional, aunque no necesariamente “tortura” en el sentido estricto, ver Stern, S.; *Reckoning with Pinochet*; op. cit.; pp. 328-29.



contrario, después de las experiencias violentas traumáticas acompañadas por la desinformación, establecer la verdad de los hechos antes negados o marginalizados es muy importante. Pero el destapar e investigar lo ocultado, el establecer en la cultura la verdad de los hechos claves antes negados, y el plantear porque esos hechos importan tanto, todo esto *sí* es un proceso construido. La interpretación social del significado, la lucha para convencer a otros, la dinámica sinérgica de colaborar y pelear con los otros actores comprometidos, todo esto es forjar socialmente el campo de la memoria democrática de los derechos humanos, donde los hechos están en diálogo permanente con las narrativas, los símbolos y los valores.

Los retos de la memoria democrática: hacia una periodización

Si las memorias siempre están en construcción, justamente porque son fundamentales en las dinámicas de negociación y conflicto social para construir y profundizar la democracia, surge otra pregunta relevante. ¿Cuáles son los desafíos estratégicos que se enfrentan en distintas etapas de reconstruir y profundizar la democracia? Los retos de la memoria democrática han ido cambiando, en Chile y en otros países, y una visión histórica de los retos puede aclarar los desafíos actuales. Creo que no hay periodización universal o mecánica para definir la reconstrucción y profundización de la democracia después de un período de dictadura violenta. Cada experiencia tiene algunas particularidades que van a influir el curso de la memoria –los significados en juego, las luchas y colaboraciones, el balance de las fuerzas sociales y el poder–. También pueden ser distintas las corrientes culturales, comunitarias y religiosas que tienen peso en los valores y en las adaptaciones sociales a la violencia. Todas estas particularidades van plasmando las oportunidades y los obstáculos. Por eso, aquí me limito a ofrecer una visión histórica de los retos de la memoria desde la experiencia chilena, aunque influida por el pensamiento comparativo.

Pienso en los retos desde una visión cívica democrática en el sentido amplio –que valoriza la relación recíproca entre memoria y democracia, después de un régimen de gran violencia estatal; y que reconoce la importancia de las acciones combinadas, desde la sociedad civil y el estado e incluyendo las organizaciones no-gubernamentales y las instancias públicas semi-autónomas como los museos y las universidades, para crear una cultura de derechos humanos–. Esta visión cívica democrática toma en cuenta también que las esferas relevantes del pensamiento y la acción son no solamente nacionales, sino también internacionales o trans-nacionales.



Desde esta perspectiva, a mi juicio Chile ha vivido tres grandes etapas en que distintos retos claves llegaron a tener mucho peso para construir democracia desde la memoria. Es importante reconocer que no se trata de una cronología simplista, lineal, de “concluir y cerrar” definitivamente una etapa para después empezar otra. Más bien, en los temas del pasado presente, los retos de memoria de cada etapa parecieran seguir presentes. Lo que surge, al pasar a una nueva etapa, es una doble-necesidad –continuar con la tarea no acabada, y a la vez asumir a partir de lo logrado otra tarea clave–. Es decir, el trabajo de la memoria muestra grandes continuidades aún cuando va incorporando nuevos enfoques estratégicos. En América Latina, no es extraña la sensibilidad de las temporalidades traslapadas. Como planteó el gran escritor Alejo Carpentier en su novela *Los pasos perdidos*, en América Latina los distintos tiempos históricos de alguna manera conviven en el presente. La historia linear vinculada con la idea del progreso en Europa, en que una nueva temporalidad desplaza a la otra, no parece convincente. El paisaje político-cultural latinoamericano hacia mitad del siglo veinte, observaba Carpentier, vivía simultáneamente con la Virgen y Rousseau y Marx –¡todos a la vez! ¿Suena chileno?–. Algo de esa convivencia entre temporalidades políticas distintas también es válido al pensar los retos de las memorias en construcción. Estamos hablando de cambios de énfasis relativo en un proceso histórico de dinámicas traslapadas. No se trata de contrastes absolutos entre una etapa y otra.⁷

Tomando esta matización en cuenta, se puede observar los cambiantes retos de la memoria democrática –o con mayor precisión, de las múltiples memorias democráticas en construcción–. Se puede resumir los distintos retos como una serie de acciones estratégicas: (a) reconocer y documentar la verdad; (b) insistir en el tema y ampliarlo hacia la justicia y la tortura; y (c) materializar el tema en el paisaje físico-cultural e institucional, y a la vez renovarlo desde la perspectiva trans-generacional. Vamos uno por uno.

En una primera etapa pos-plebiscito, 1989-1993, el reto era reconocer y documentar la verdad de la violencia estatal masiva de una manera definitiva –para así desmantelar la mentira y el mito, instalar con gran legitimidad el tema de la memoria y su relación con la democracia, y abrir aunque sea cautelosamente un camino hacia la justicia–. La Comisión Rettig de 1990-1991, vista no solamente desde la acción estatal sino también desde los ciudadanos y actores sociales que aportaron e impulsaron al proceso de testimonio y documentación, estableció una verdad contundente a nivel de los hechos y

⁷ Carpentier, Alejo; *Los pasos perdidos*; Cátedra; Madrid; 1985 (orig. 1953); esp. p. 118.



sus implicancias morales. También abrió un camino hacia la justicia en sus distintos sentidos –no sólo la reparación simbólica y material, sino la justicia penal–.

Como se sabe, el último tema fue muy difícil y culminó con la frustración. El presidente Patricio Aylwin no apoyó la penalización del ocultamiento de información, pero sí planteó lo que después se llamaba la “doctrina Aylwin” –que el poder judicial tenía que investigar los casos documentados por la Comisión, y que no tenía facultad para aplicar la amnistía de 1978 hasta después de establecer los hechos y las responsabilidades. El usar la interpretación doctrinal para debilitar el efecto práctico de la amnistía abrió un camino legal. Igualmente importante, desde la sociedad civil había actores sociales con gran voluntad de insistir –por ejemplo, Erika Hennings en búsqueda de la verdad más completa y la justicia en el caso de su marido detenido y desaparecido, Alfonso Chanfreau–. En 1992 y 1993 se iban abriendo casos judiciales para investigar, sobre todo en los casos de los detenidos desaparecidos. Ya para la primera mitad de 1993, había 184 casos re-activados y otros 377 casos que podían ser re-activados. Pero como se sabe, el boinazo de 1993 (el 28 de mayo) cambió el clima y restauró un impasse sobre el tema judicial.

Ya la capacidad de iniciativa desde el Ejecutivo sobre el tema había ido agotándose, y con la llegada de Frei a la presidencia en 1994, la impotencia se convirtió en la virtud. Es duro decirlo así, pero los discursos y la falta de iniciativa y la aparente indiferencia, especialmente después del gran drama para finalmente encarcelar a Manuel Contreras en 1995, daban esa impresión. El deterioro de las sinergias entre estado y sociedad civil, ya en camino en la última parte del período Aylwin, llegó al colapso.

En una larga segunda etapa, 1992-2006, el gran reto era insistir en el tema y ampliarlo hacia la justicia y la tortura, para superar las fórmulas de cerrar y de evitar responsabilidades, y para asumir las verdaderas dimensiones de la violencia represiva. Había ciclos distintos dentro de esa etapa. Durante muchos años, eran los actores de la sociedad civil quienes tenían que impulsar el tema sin mucha colaboración estatal, trabajando para crear nuevos “hechos” de memoria en una sociedad que pareciera al borde del olvido. Es en este contexto que los activistas y sus aliados en la sociedad civil, con cierto apoyo de algunos actores en algunas instancias del estado incluyendo el municipio y el Ministerio de Vivienda, lograron finalmente inaugurar el Parque Por la Paz Villa Grimaldi en 1997. A partir de 1998, varios cambios –la detención de Pinochet en Londres, el escenario legal internacional cambiante, la renovación y búsqueda de legitimidad en el poder judicial, la dinámica generacional del liderazgo militar



después de la comandancia activa de Pinochet y el surgimiento de una doctrina de profesionalismo moderno, por encima de lealtades personalista– iban creando espacios para nuevas iniciativas desde el estado y la clase política, como la Mesa de Diálogo y la Comisión Valech, y desde los jueces comprometidos con el tema, como Juan Guzmán. En estas nuevas circunstancias, varias sinergias conflictivas y frágiles volvieron a aparecer.

Pero muy significativamente, las presiones desde los actores de la sociedad civil seguían siendo muy importantes en crear el clima moral de insistir y ampliar, y como consecuencia una necesidad, finalmente, de respuesta política. Eran las querellas de los ciudadanos-actores que impulsaban el proceso judicial, y que creaban un clima de mayor espacio para las nuevas doctrinas interpretativas que debilitaron los efectos prácticos de la amnistía –por ejemplo, el considerar la desaparición como un crimen de secuestro permanente, que seguía más allá de 1978, hasta que un proceso legal de investigación del caso estableciera lo contrario–. Asimismo, antes de la formación de la Comisión Valech por el presidente Ricardo Lagos en 2003, el tema de la tortura era una demanda que ya había producido mucha iniciativa –manifestaciones en las calles, escándalos sobre casos específicos en los medios de comunicación, querellas en las cortes, reuniones con oficiales políticos y de gobierno en sus oficinas–. Aparecieron nuevas redes de ex-presos y de personas de conciencia ética, además de los grupos de derechos humanos largamente organizados, para plantear el tema de la tortura.

Llegando hacia final de este largo período, ya evidente en el acuerdo de la Mesa de Diálogo y el informe de la Comisión Valech, y consolidada con la elección de Michelle Bachelet en 2006, había surgido en la sociedad y la política una nueva sensibilidad de memoria. Ya no era tanto la lucha para hegemonizar una memoria emblemática por encima de la otra, sino la tragedia nacional compartida, que creaba una responsabilidad de asumirla en todas las instancias estatales relevantes incluyendo el poder judicial y las fuerzas militares. El liderazgo del Ejército ya no planteaba la memoria salvadora como una manera de justificar la violación de los derechos humanos, y tampoco esperaba que fuera posible cerrar definitivamente la caja de la memoria. Y el poder judicial había cambiado también. Los jueces mismos organizaron una protesta en 2005 frente a un orden de la Corte Suprema de acelerar y cerrar los casos en proceso. Los juicios seguían en marcha. Igualmente importante, la ciudadanía había aceptado la veracidad del Informe Valech. La prisión política y la tortura fue masiva, y el proceso de reconocer y reparar –de asumir las consecuencias de la gran tragedia nacional– tendría que seguir como



tarea no acabada. Como saben todos, el mismo proceso Valech volvió a abrir para considerar una cantidad masiva de casos adicionales.

Pero aquí llegamos a los retos actuales de las memorias en construcción. Después de la primera Comisión Valech, pero con mayor intensidad después de la elección de Bachelet, iba perfilando una nueva dimensión –el pensar a largo plazo, recordando que ya un tercio del país eran jóvenes sin memoria directa de vivir en dictadura–. *Desde 2004 hasta hoy, un reto fundamental ha sido materializar y renovar. ¿Cómo materializar y renovar el tema en el paisaje físico-cultural e institucional por un lado, y en el escenario trans-generacional por otro lado?*

Quizás es justo decir que llegando a 2010-2011 se ha logrado dar una respuesta más sólida al tema del paisaje físico-cultural e institucional, que al tema de la renovación en perspectiva trans-generacional. Este mismo Museo y sus actividades para promover y preservar la memoria, la gran ola de memorialización física que ocurrió en todo Chile durante los últimos seis años, los nuevos avances y proyectos en los sitios de conciencia como Villa Grimaldi –todos estos pasos han creado un nivel de materialización e institucionalización difíciles de imaginar hace quince años–.⁸

Por supuesto, es artificial separar demasiado los temas de la materialización físico-institucional, y la renovación trans-generacional. A largo plazo, los museos y los sitios de memoria son importantes en la medida en que cumplen un papel cívico-pedagógico cultural, no sólo con los que vivieron el tiempo de la gran violencia, sino con las nuevas generaciones. Los que han trabajado en este Museo y en los sitios de memoria como Villa Grimaldi han tomado esa responsabilidad en serio, incorporando innovaciones como la instalación electrónica y la comunicación interactiva como caminos importantes de materializar el tema con los jóvenes.

También ellos y las otras instituciones relevantes como la DIBAM, las organizaciones no-gubernamentales y varias universidades han tomado en serio la tarea de organizar los archivos y las bibliotecas, y de fomentar las investigaciones y las publicaciones, para así crear una fundación de

⁸ Sobre la ola de memorialización, dos libros importantes que documentan el fenómeno y ofrecen fotos importantes son *Memoriales en Chile: Homenaje a las víctimas de violaciones a los derechos humanos, Fotografías de Alejandro Hoppe*; Ocho Libros Editores; Santiago; 2007; y *Geografía de la Memoria*; Ministerio del Interior – Programa de Derechos Humanos, Gobierno de Chile; Santiago; 2010; ver también Stern, S.; *Reckoning with Pinochet*; op. cit.; pp. 314-23, y las fuentes citadas en pp. 482-84. Agradezco también a Peter Winn por compartir los avances de su investigación sobre la memorialización, y también a Carolina Aguilera y Pedro Matta, por compartir durante varios años los avances en los proyectos Villa Grimaldi, y también su análisis a nivel nacional.



documentación y pensamiento desde la cual se puede estudiar y renovar el tema de la memoria y la historia reciente. Por supuesto y con razón, el tema del acceso a los archivos también provoca contención, como en los casos del Archivo Valech y de los varios archivos elusivos –ocultados o desaparecidos– de las policías secretas y organismos semejantes del régimen militar.

A la vez, es importante valorizar los archivos no-estatales. Sin la documentación provista por la Vicaría de la Solidaridad y otros organismos de derechos humanos, por ejemplo, los resultados de los trabajos de la Comisión Rettig habrían sido más débiles. En este contexto, vale celebrar como un hito muy importante el acuerdo de entrega, a este mismo Museo, del Archivo Sergio Insunza, cuya documentación ilumina mucho la historia de la solidaridad y la resistencia en el exilio, y también los eventos que ocurrieron en Chile. Tuve el privilegio de trabajar con ese archivo cuando estubo en la Fundación Salvador Allende, en la casa original en Virginio Opazo, y así puedo dar testimonio personal de que es un archivo sumamente valioso para la investigación histórica. El tomo 2 de mi trilogía sobre Chile analizó las batallas de la memoria durante dictadura. Habría sido imposible investigar y escribir esa historia, que a la vez fue nacional y trans-nacional, sin contar con la documentación del Archivo Insunza. Ahora ese Archivo también es importante por otro motivo –como un ejemplo de que es ahora urgente encontrar casa institucional adecuada para varios archivos no-estatales, que hay que preservar en función de sentar bases para los estudios y la innovación en el futuro–.

También por otras razones es artificial separar demasiado los retos de la materialización, y de la dinámica trans-generacional. Por un lado, hay proyectos de memorialización física que incorporan en su estilo artístico-estético y proceso de trabajo una visión trans-generacional de la memoria y la identidad comunitaria. La comuna de Paine, con su memorial diseñado como “bosque topográfico” de mil postes menos setenta víctimas ausentes, pero a la vez presentes por los mosaicos artísticos de memoria producidos por los familiares, es un caso destacado.⁹

Por otro lado, no son solamente los que trabajan en los museos y los sitios de memoria física quienes asumen responsabilidad de materializar y renovar. La “materialización” no es sólo un memorial, un monumento o un museo físico. Es también libro y arte, investigación y pedagogía, cine y televisión y sitio web –es decir, la cultura en el sentido amplio–. Los académicos han creado un nuevo campo de

⁹ Ver *Geografía de la Memoria*; pp. 108-113, esp. p. 110; otro aspecto trans-generacional fue la formación de la Orquesta Sinfónica Juvenil “Memoria Viva” para acompañar los actos de recordar y celebrar a los comuneros y familiares caídos, desde jóvenes de la “tercera generación”.



estudios de memoria, que empieza a sentar nuevas bases para la pedagogía y el debate cultural sobre el pasado presente. Algunos han participado (por ejemplo, Julio Pinto y Sofía Correa) en esfuerzos de renovar la pedagogía y la exhibición de museo. Algunos han hecho aportes en colaboración con organizaciones no-gubernamentales como ECO (Educación y Comunicaciones, dirigido por Mario Garcés), que ha estado trabajando la memoria popular durante muchos años, así creando diálogos entre el análisis académico y las prácticas sociales en contextos multi-generacionales comunitarios.

El proyecto intelectual-académico de crear un campo analítico de estudios de la memoria, en diálogo con las experiencias históricas violentas recientes latinoamericanas, empezó a cristalizarse hacia 1998. Un hito fundamental en Chile fue el Seminario “Memoria para un nuevo siglo” de 1998 (y el libro del mismo título publicado en 2000), organizado por Mario Garcés, Pedro Milos, Myriam Olgún, Julio Pinto, María Teresa Rojas y Miguel Urrutia, en un equipo colaborativo de ECO y la USACH. Planteó el estudio de la memoria como un campo interdisciplinario fundamental, en vista de las experiencias vividas en el último cuarto del siglo veinte, y que había que trabajar en sus distintas dimensiones –desde la teoría y las ciencias sociales, desde el arte y los actores sociales, desde las regiones y los jóvenes–. Ya el ambiente de desencanto intelectual, una sensibilidad de que las narrativas culturalmente dominantes plantearon una visión de historia y sociedad llena de mito y olvido, se había hecho notar en dos libros célebres que aparecieron en 1997, por Tomás Moulian y Alfredo Jocelyn-Holt.¹⁰

La iniciativa chilena no fue aislada, sino parte de un fenómeno mayor sudamericano en el Cono Sur, Brasil y el Perú, con miradas de crear a la vez un campo de estudios de memoria, y una renovación generacional académica. Bajo la dirección por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, se organizó en 1998-2001 un programa de becas y entrenamiento para unos 60 investigadores jóvenes. El objetivo fundamental era formular, investigar y terminar un proyecto de investigación original, para analizar la cuestión de la memoria desde las experiencias latinoamericanas (aunque tomando en cuenta lo que se puede aprender de otras experiencias). Un resultado importante fue la publicación en 2002-2006 de una serie de trece libros innovadores sobre “Memorias de la Represión”. Dentro de la nueva generación académica trans-nacional latinoamericana formada en el programa, había varias becarios y becarias

¹⁰ Garcés, Mario et al., eds.; *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*; LOM; Santiago, 2000. Moulian, Tomás; *Chile Actual: Anatomía de un mito*; LOM; Santiago; 1997. Jocelyn-Holt, Alfredo; *El peso de la noche: Nuestra frágil fortaleza histórica*; Planeta/Ariel; Buenos Aires y Santiago; 1997. cfr. Jocelyn-Holt, Alfredo; *El Chile perplejo: Del avanzar sin transar al transar sin parar*; Planeta/Ariel; Santiago; 1998. Debo reconocer que colaboré con el comité que organizó el simposio de 1998, y con el simposio mismo.



chilenos, entre ellos Claudio Barrientos, Azun Candina, María Angélica Cruz, María Eva Muzzopappa, Leonora Reyes Jedlicki, Isidora Salinas Urrejola y Ximena Tocornal.¹¹

En la formación de un nuevo ambiente intelectual, pues, cruzaron las dinámicas académicas nacionales y trans-nacionales, y también las generacionales. En 2002 apareció el libro importante de María Angélica Illanes sobre *La batalla de la memoria*, que ligó esa lucha a la formación de los proyectos históricos, especialmente “la revolución de los derechos”. Ya para 2003-2005, se veía en Chile un campo de estudios académicos de la memoria e historia reciente que empieza a mostrar cierta densidad y con avances innovadoras por académicos de distintas generaciones. Hubo, por ejemplo, el re-encuentro histórico con la cotidianeidad de 1973 y con la dimensión positiva de la Unidad Popular, organizados por Claudio Rolle y Julio Pinto, respectivamente. Hubo el reconstruir experiencias antes, durante y después del golpe a través de metodologías dialógicas con las comunidades de base, como en los estudios de La Legua y de la comunidad mapuche Nicolás Ailío, por Mario Garcés y Sebastián Leiva, y por Florencia Mallon, respectivamente. Hubo el historizar las tensiones intra-militares en un marco analítico, que va más allá de una interpretación personalista de la tensión Leigh-Pinochet, por Verónica Valdivia Ortiz de Zárate. Y la marcha, nutrida desde varias disciplinas y generaciones, no paraba. (Algunos aportes históricos desde las otras ciencias sociales ya aparecieron en 1999-2002, por ejemplo de Carlos Huneeus, sobre la dimensión civil del régimen de Pinochet, y de Elizabeth Lira y Brian Loveman, sobre las continuidades y ruptura en la tradición histórica chilena del olvido). Recientemente, por ejemplo, Alfredo Joignant profundizó la historia e simbolismo conmemorativo del once de septiembre en su libro

¹¹ Doce de los trece libros fueron publicados por Siglo Veintiuno (Madrid y Buenos Aires), con los autores, títulos y fechas siguientes: Jelin, Elizabeth; *Los trabajos de la memoria* (2002). Feld, Claudia; *Del estrado a la pantalla: Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina* (2002). Jelin, Elizabeth, ed.; *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”* (2002). Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (eds). *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad* (2002). Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria (eds); *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (2003). Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (eds); *Luchas locales, comunidades e identidades* (2003). Jelin, Elizabeth y Lorenz, Federico Guillermo (eds); *Educación y memoria: La escuela elabora el pasado* (2004). Cruz, María Angélica; *Iglesia, represión y memoria: El caso chileno* (2004). Jelin, Elizabeth y Longoni, Ana (eds); *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión* (2005). Hershberg, Eric y Agüero, Felipe (eds); *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur: Visiones en disputa en dictadura y democracia* (2005). Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego (eds); *El pasado en el futuro: Los movimientos juveniles* (2006). Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana G. (eds); *Subjetividad y figuras de la memoria* (2006). El otro libro de la serie fue Degregori, Carlos Iván (ed); *Jamás tan cerca, arremetió lo lejos: Memoria y violencia política en el Perú*; Instituto de Estudios Peruanos; Lima; 2003. Por supuesto, los becarios chilenos y otros también han publicado trabajos de importancia fuera de la serie formal “Memorias de la represión”. Debo reconocer que en este caso, como en la iniciativa chilena arriba mencionada, colaboré con el comité organizador en 1998. En los años siguientes también colaboré como miembro del equipo de profesores en la formación de los becarios. Los principales directores de las actividades de formación eran Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, con colaboración importante de Eric Hershberg y el Social Science Research Council de Nueva York.



Un día distinto (2007), mientras Alfredo Riquelme aportó una investigación pionera sobre la historia comunista en *Rojo atardecer* (2009). Mientras tanto, se iban formando círculos de estudio y discusión como los universitarios organizados por Isabel Piper en la Universidad de Chile, y los proyectos comunitarios de memoria organizados por DIBAM en colaboración con ECO.¹²

En resumen, en los últimos años hay avances notables en la materialización de la memoria en el paisaje físico-institucional, y también una cierta promesa de renovación trans-generacional. Esa promesa se ve en el mundo intelectual-académico, importante para la pedagogía a largo plazo. Hay nuevas investigaciones innovadoras, y hay la formación de nuevos académicos capacitados y comprometidos con la memoria como campo de estudios.

Pero, a pesar de todo, surge una duda. Reconociendo los avances en materializar el tema, y reconociendo también que *dentro* del mundo profesional-intelectual hay dinamismo trans-generacional, ¿se ha logrado una renovación capaz de llegar a los no-convencidos y a los jóvenes del futuro? ¿Será renovación para los ya convencidos? Para las generaciones jóvenes que ya aceptan en su mayoría que la violación de los derechos humanos realmente pasó y que no es moralmente aceptable, ¿el tema de la memoria tiene todavía la capacidad de seguir convocando? ¿Llegará a ser muy marginal al gran temario político-cultural y al futuro de la democracia, paradójicamente porque ya todos dicen estar de acuerdo con la idea del Nunca Más?

Renovar desde el arte y las memorias silenciadas? Los Otros Archivos del Cardenal

Son preguntas difíciles de contestar. Quizás son riesgosas e incómodas, hasta dolorosas, porque implican que los avances en el tema de la memoria no garantizan su vigencia como proyecto en la

¹² Illanes, María Angélica; *La batalla de la memoria: Ensayos históricos de nuestro siglo, Chile, 1900-2000*; Planeta; Santiago, 2002. Rolle, Claudio (ed); *1973. La vida cotidiana de un año crucial*; Planeta; Santiago; 2003. Pinto Vallejos, Julio (ed); *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*; LOM; Santiago; 2005. Garcés, Mario y Leiva, Sebastián; *El golpe en La Legua: Los caminos de la historia y la memoria*; LOM; Santiago; 2005. Mallon, Florencia E.; *La sangre del copihue: La comunidad Mapuche de Nicolás Aillío y el Estado chileno, 1906-2001*; LOM; Santiago; 2004. Valdivia Ortíz de Zárate, Verónica; *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet, Chile 1960-1980*; LOM; Santiago, 2003. Huneeus, Carlos; *El régimen de Pinochet*; Sudamericana; Santiago; 2000. Loveman, Brian y Lira, Elizabeth; *Las suaves cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*; LOM; Santiago, 1999; *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*; LOM; Santiago; 2000; *El espejismo de la reconciliación política: Chile, 1990-2002*; LOM; Santiago; 2002. Joignant, Alfredo; *Un día distinto: Memorias festivas y conmemoraciones en torno al 11 de septiembre en Chile, 1974-2006*; Editorial Universitaria; Santiago; 2007. Riquelme, Alfredo; *Rojo atardecer: El comunismo chileno entre dictadura y democracia*; DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana; Santiago; 2009. Agradezco a Mario Garcés y a Peter Winn por haber compartido información sobre los proyectos de ECO con DIBAM, y las iniciativas organizadas por Isabel Piper, respectivamente.



cultura política del futuro. Establecer la verdad de los hechos indiscutibles y moralmente inaceptables, insistir y ampliar hacia la justicia y las verdaderas dimensiones de la violencia, materializar e institucionalizar para instalar el tema de la memoria a largo plazo, como experiencia ciudadana y valor cívico –todos estos logros han sido importantes y también difíciles–. Eran logros “en construcción”, vividos como un proceso de muchos altibajos y momentos de frustración. Con el tiempo, podemos ver que había un proceso acumulativo de logros en el trabajo de la verdad, la justicia y la sensibilización cultural hacia la memoria y los derechos humanos, a pesar de haber encontrado muchos obstáculos en camino, que a veces parecían producir un impasse insuperable. Justamente por la dificultad y las luchas en camino, es importante observar y valorizar los logros, aunque sin auto-complacencia ni exagerando lo logrado.

Pero queda el desafío de renovar, no en el sentido de abandonar las tareas anteriores, no acabadas, sino de evitar actuar desde una arrogancia generacional. A largo plazo, ningunos de nosotros somos los dueños trans-históricos de la memoria, ni aún la generación que vivió en carne propia la violencia y el miedo. En el trabajo de la memoria, el círculo de “nosotros” convocados a dialogar con la experiencia –imaginarla e investigarla, sentir su presencia y llevarla a la reflexión cívica, así construyendo proyecto desde ella– tiene que incluir a los jóvenes. La generaciones que vivieron los tiempos terribles pueden servir como gran recurso histórico para los que nacieron después, pero serían eficaces en la medida de que son capaces de “escuchar” también. Dicho de otra manera, si una generación transformara la memoria de la violencia traumática en su propiedad monopólica, caminaría hacia un punto muy desagradable –desde la memoria como proyecto cívico-político fundamental para construir democracia, hacia la memoria como la nostalgia y el rito performativo estancado, que ya no convoca–.¹³

Hay evidencias comparativas que subrayan la importancia de lo generacional en los temas de la memoria. El análisis es complejo, porque no se trata de un concepto de “generación” reducido al aspecto sociodemográfico objetivista, de los cohortes demográficos pasando por los distintos ciclos de la vida. Se trata de un fenómeno sociopolítico en la tradición Mannheimiana, de ver como a veces las personas llegan a vivir una “experiencia” generacional formativa, que produce un efecto cultural identitario. El lenguaje, los símbolos, las luchas y las memorias llegan a marcar una generación como gente con experiencias y perspectivas propias. Para Brasil y el Cono Sur, ya hay estudios que muestran el

¹³ Para una reflexión astuta, ver Jelin, E.; *Los trabajos de la memoria*; op. cit.; pp. 117-33. esp. 126.



proceso de la “resignificación” de la memoria desde los jóvenes, y que muestran algo más –la expansión de los “derechos” en juego, al pensar desde los jóvenes nacidos en democracia las memorias de las dictaduras–. La experiencia europea también ofrece análisis sugerentes, por ejemplo el estudio de Harold Marcuse sobre *Legacies of Dachau*, donde desarrolla una teoría generacional para entender como la sociedad alemana enfrentaba a la memoria nazi y el simbolismo de ese famoso campo de concentración.¹⁴

No soy pesimista sobre el futuro de la memoria en Chile, y sobre la participación de los jóvenes en el forjar las memorias en construcción. Mis propias investigaciones históricas sobre “la caja de la memoria del Chile de Pinochet” me han convencido de que los actores chilenos desde los 1970s, de varias generaciones, han sido actores pioneros –creativos y persistentes– en forjar estrategias de sensibilización y acción, tanto a nivel internacional como nacional, en torno a la memoria y los derechos humanos.

Es más. Hay evidencias de una innovación artística capaz de convocar a las nuevas generaciones, y hay memorias de dictadura relevantes para los temas que convocan a los jóvenes en formación hoy en día. Es interesante observar que en los países vecinos donde también se ha dado experiencias violentas masivas, algunos estudios novedosos han mostrado lo impactante de las imágenes y el arte, y de lo audiovisual en particular, en el proceso social de asumir y trabajar la memoria.¹⁵ Hay hitos interesantes en Chile a nivel del arte audiovisual –narraciones que logran usar la imagen y el sonido, además de la trama y los personajes, para invitar a los jóvenes asumir el tema–. Los éxitos de la película “Machuca” en 2004 y de la nueva serie “Los Archivos del Cardenal” en 2011 son pasos positivos. No son proyectos de nostalgia. Son invitaciones a imaginar, entrar y reflexionar.

¹⁴ Para el ensayo pionero y una reconsideración actualizada, ver Mannheim, Karl; “The Problem of Generations” (orig. 1928), en Kecskemeti, Paul (ed.); *Essays on the Sociology of Knowledge*; Karl Routledge & Kegan Paul; London; 1952; pp. 276-322. Edmonds, June and Turner, Bryan S.; *Generations, Culture, and Society*; Open University Press; Philadelphia; 2002; para Brasil y el Cono Sur y las re-significaciones generacionales, ver Jelin, E. y Sempol, D., (eds); *El pasado en el future*; op. cit.; y para Dachau, ver Marcuse, Harold; *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001*; Cambridge University Press; New York; 2001.

¹⁵ Ver, además de las publicaciones ya citadas en la nota 13 arriba, Feld, Claudia y Stites Mor, Jessica (ed.); *El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente*; Paidós; Buenos Aires; 2009, y para el Perú, donde van saliendo nuevos trabajos muy impresionantes: González, Olga M.; *Unveiling Secrets of War in the Peruvian Andes*; University of Chicago Press; Chicago, 2011. Ulfe, María Eugenia; *Cajones de la memoria: La historia reciente del Perú a través de los retablos andinos*; Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Lima, 2011; y Milton, Cynthia (ed.); *The Arts of Truth Telling in Post-Shining Path Peru*; Duke University Press; Durham, en prensa.



Lo que da esperanza también es la misma historia de Chile bajo dictadura. Porque allí, los temas en juego eran varios. Un tema fue la vida en su sentido elemental –el tener que responder a tantas emergencias provocadas por la violencia brutal y drástica, con fin de destruir la integridad de la persona física y psicológicamente, a través de la tortura, la ejecución, la desaparición y sus huellas de espanto entre los demás–. Esa violencia brutal y drástica fue central para llevar a cabo un proyecto fundamental del régimen: el “politicidio”, el destruir física y culturalmente como la sociedad entendía el actuar político. Con el tiempo, la violencia provocó respuestas y resistencias admirables, y una sensibilización frente al tema de los derechos humanos en defensa de la vida misma.

Pero en la época de los 1970s, cuando poco a poco se iban organizando redes de respuesta a las emergencias en defensa de la vida, también había una visión más amplia de los derechos del ser humano. El derecho a la dignidad socioeconómica, y más allá, al desarrollo pleno de la potencialidad de la persona, convocaba a *los mismos actores* que defendían el derecho a la vida. La izquierda –o mejor dicho, las izquierdas– no era dueño monopólico de esa postura. También participaban en ella otra gente, especialmente en el centro de lo que era el espectro político. En una sociedad tan políticamente y socialmente movilizaba como Chile en los 1960s y principios de los 1970s, una de las metas fundamentales del nuevo régimen militar también era dismantelar las maneras acostumbradas de entender la dignidad y los derechos socioeconómicos, y las maneras de llegar a esa dignidad. Este segundo proyecto, relacionado con el del pomicidio impuesto por la violencia drástica, planteaba reordenar y re-educar a la sociedad en su conjunto, incluyendo la dimensión socioeconómica. El reestructurar el sistema educacional e universitario era meta importante para cumplir el proyecto de reordenar y re-educar la sociedad.

El doble-proyecto produjo doble-respuestas. Allí, hay un tema de memoria y de silencio relativo, muy en diálogo con las inquietudes de las nuevas generaciones chilenas, preocupadas por la calidad de la oportunidad socioeconómica y educacional que pueden esperar en la sociedad de hoy. No se trata de la memoria como nostalgia. Las maneras específicas de entender la dignidad socioeconómica en los 1970s –el contenido material concreto de la vida digna, el nivel de recursos de la sociedad en su conjunto, los caminos de llegar a la oportunidad o superar la marginación, los aspectos relacionales y comunicacionales– no pueden ser las mismas en los 2010s. Se trata de la memoria como un proyecto de reflexión, para ver con mayor claridad el legado mixto de cambios y continuidades con los tiempos de dictadura, y así historizar y aclarar de donde vienen y que significan los valores, conflictos, tareas



pendientes y dilemas cívicos que están en juego hoy. La memoria es diálogo entre pasado y presente, sin reducir el uno al otro.

En ese proyecto de memoria trans-generacional, los “otros” archivos del Cardenal Raúl Silva Henríquez pueden inspirar una reflexión interesante. La Vicaría de la Solidaridad nació en una época histórica en que la gente de conciencia allí reunida iba aprendiendo –en camino– un lenguaje y cultura de “derechos humanos” en defensa de la vida, en condiciones de dictadura. Era aprender en camino en parte porque la violencia brutal drástica, y los espantos y secuelas que produjo, iban más allá de lo que muchos pudieron imaginar antes de septiembre de 1973. Pero también entendieron la solidaridad socioeconómica como una tarea urgente y moral, ligada a la potencialidad humana que había que fomentar. Recuperar la memoria de esa dimensión valórica, tan presente en el drama de la Vicaría, puede ser muy significativo hoy día.

Dejo las últimas palabras al Cardenal Raúl Silva Henríquez. El 21 de diciembre de 1976, celebró con la gente trabajando en la Vicaría, con varios invitados internacionales presentes, el haber completado un año de labor solidaria. Era un momento difícil. Hacía un año, Pinochet había forzado el cierre del Comité Pro-Paz. Fue por eso que Silva había reorganizado el trabajo solidario como una instancia al interior de la Iglesia. Había sido un año de muchas emergencias de violencia brutal inmediata, peligrosa. La DINA todavía era poderosa y prepotente y muy activa, y todavía utilizaba el método de las desapariciones. Frente a esa situación tan dura y a veces desoladora, el Cardenal Silva les dijo a la comunidad allí reunida que el trabajo de atender a los perseguidos, aunque difícil y a veces malendido, importaba. “Parece increíble pero es hermoso. En un mundo en que la violencia, el odio, parece reinar, hay recursos de amor, de caridad, de comprensión del hombre”. Frente a las dificultades, preguntó, “¿Qué vamos a hacer?” Su respuesta: “Vamos a continuar”.

Es una historia de mucha inspiración, que calza muy bien con la memoria imprescindible de la defensa de la vida humana, que se presenta en forma ficcionalizada en la televisión en “Los Archivos del Cardenal”. Pero vale notar que Silva Henríquez no paró allí su intervención. Había otro tema. Hay otros archivos del Cardenal. La realidad es que la Vicaría iba trabajando y descubriendo en camino la multi-dimensionalidad de la solidaridad con el ser humano y sus derechos. También su trabajo era establecer clínicas y ollas comunes, fomentar cooperativos de trabajo y el arte testimonial de las arpilleras, impulsar y difundir en su revista *Solidaridad* el testimonio y el encuentro con la realidad social del país. En la última parte de su discurso, el Cardenal afirmó su esperanza de que la situación de persecución



violenta iba mejorando, declarando “¡ojalá! que muchos de nuestros servicios ya no sean necesarios”. Pero agregó que aunque fuera así, habría que seguir. “Nos quedan otros, nos quedan otros, sobre todo en el campo de la promoción humana, del desarrollo, de la ayuda a los que no tienen trabajo, y ayuda a los que no tienen también lo necesario para vivir”.¹⁶

Quizás en el Chile de hoy, la memoria de esa visión expansiva del desarrollo humano y la obligación de fomentarlo va saliendo del silencio. En el Chile de hoy, ¿será la educación de calidad un derecho que se incluye en “lo necesario para vivir”? Las memorias en construcción nutren los derechos en construcción. Quizás ese diálogo hoy es fundamental para otro proyecto: la democracia en construcción.

Recibido: 16 de marzo de 2012
Aprobado: 23 de mayo de 2012
Versión final: 26 de julio de 2012

¹⁶ Para el discurso de Silva, ver *Solidaridad* 12 (primera mitad, enero de 1977), p. 20 (hay copias en la colección de materiales en la Fundación de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, Arzobispado de Santiago).

